

HOMILÍA MISA CRISMAL Martes Santo, 18 de Marzo de 2008

Mis queridos Hermanos y Amigos todos. Muy querido Hermano Ramón, Obispo de Canarias durante tantos años, y Sacerdote desde hace algunos más. Hasta cincuenta años se cumplen mañana del día en que fuiste Ordenado Presbítero de la Santa Iglesia. Hoy de una manera muy especial, cuando nos vemos reunidos alrededor de la Mesa del Señor y nos aprestamos a renovar las Promesas de nuestra propia Ordenación, nos unimos a tu acción de gracias. Damos gracias al Señor contigo por estos cincuenta años de elección y de gracia del Buen Pastor. Y damos gracias al Señor por ti. Por tu palabra, que tantas veces nos ha congregado, por tu escucha que tantas veces nos ha acogido, por tu cercanía, por tu comprensión, por tu sencillez, por tu sensibilidad para con todos nosotros y en especial para con los pobres; por tu ministerio pastoral que tantas veces ha sido canal de misericordia, de fuerza, y de luz. ¡Gracias, Señor! ¡Gracias, Ramón!

Para preparar las palabras que ahora les dirijo, leo y releo despacio, repaso y contemplo una y varias veces la Palabra del Señor, y trato de ponerme en el lugar de Ustedes, dejándome interpelar, preguntándome qué necesita mi pueblo y qué necesitan especialmente mis Hermanos Sacerdotes en este momento, y qué necesito yo mismo viéndome con mi pueblo y con mis Hermanos Sacerdotes. No necesitamos cosas distintas. Y veo y siento, a veces en mí mismo, a veces por lo que me reflejan sus ojos o sus palabras, que necesitamos sobre todo *aliento* y *ánimo*. Quizás sea dura la expresión que utilizan los salmos, pero en ocasiones sentimos que es justamente lo que necesitamos decir en voz alta, porque el lamento nos arde en el interior: *¿Se ha agotado ya la misericordia del Señor, se ha terminado para siempre su promesa?* (Salmo 76). Nuestra súplica quedaría bien expresada con las palabras del salmo Miserere: *Devuélveme, Señor, la alegría* (Salmo 50). En los duelos en los que participamos o presidimos leemos el texto del Libro de las Lamentaciones, y casi pensamos que no seríamos capaces de hacer nuestro con convencimiento lo que repiten nuestros labios: *Hay algo que traigo a la memoria y me da esperanza: Que la misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión; antes bien, se renuevan cada mañana* (Lam 3, 21-23). ¿Será verdad tanta hermosura? En la acción pastoral es donde fundamentalmente nos vemos sobrepasados por los acontecimientos, por las pautas culturales dominantes, que tanto han influido en los nuevos desarrollos sociales, y hasta nos preguntamos cómo será nuestro futuro, o incluso si tendremos futuro. ¿Merece la pena seguir empujando en la misma dirección? ¿Qué tenemos que hacer? ¿Qué debemos cambiar? ¿Cómo tenemos que actuar? ¿Cuál debe ser nuestro mensaje? ¿Cómo podemos llegar a conectar con tantos grupos humanos, como vemos hoy alejados o alejándose? ¿Por dónde tenemos que empezar? Las preguntas se acumulan en nuestras reuniones y nos van dejando un sabor de desesperanza compartida.

La celebración que nos reúne en este momento a Obispos, Presbíteros, Consagrados y Laicos, nos habla precisamente de *aliento* y *ánimo*, nos habla del Espíritu del Señor Jesús. Jesús, entonces en la sinagoga de Nazaret, ahora aquí, en nuestra Iglesia Catedral, nos dice: *El Espíritu del Señor está sobre mí; él me ha ungido y me ha enviado para anunciar la Buena Noticia... el año de gracia del Señor*. Cristo nos anuncia el Evangelio, nos proclama la Buena Noticia del año de gracia del Señor, una expresión que va más allá de un plazo que se acaba con el pasar de los días.

Tenemos a veces la errónea convicción de estar prolongando la acción de Cristo en su ausencia, sin percibir con nitidez que en realidad es Él mismo quien sigue anunciando el Evangelio y quien sigue haciendo que el tiempo, nuestro tiempo, sea también hoy año de gracia del Señor. Él mismo y con la plenitud de su Espíritu. Aquí y ahora. Nos toca abrir nuestros corazones a su presencia y a su acción, reconocer la acción de su Espíritu y dejarle sitio en nuestras vidas. *Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír.* Ese 'hoy' es nuestro tiempo. Nuestra celebración de hoy es una hermosa Profesión de fe en la Presencia iluminadora y fortalecedora de Jesús, el Cristo, en su Iglesia. Es una hermosa Profesión de fe en la eficacia del Espíritu de Jesús en su Iglesia, en nuestra Iglesia.

Hay en el mismo Evangelio de Lucas que hoy proclamamos una parábola del Maestro que bien pudiéramos hoy traer a la memoria como explicación de esta realidad. Presentan a Jesús unos sucesos de la vida real: unos galileos asesinados por Pilatos y unas víctimas de un accidente callejero, el desplome de una torre. Jesús ve en esos acontecimientos una invitación a la conversión, a la acogida de la gracia presente del Señor. Y en ese contexto les cuenta la parábola de una higuera que no da fruto, que lleva tres años sin dar fruto, y que el dueño del campo manda cortar para que no siga esquilmando el terreno inútilmente. La respuesta del viñador es un precioso comentario al anuncio del año de gracia que escuchamos hoy en la sinagoga de Nazaret: *Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Si no, la cortas* (Luc 13, 9). La esterilidad de la higuera podría representar nuestros esfuerzos baldíos; la decisión de cortarla, nuestros cuestionamientos, las dudas y las perplejidades sobre nuestro futuro, las tentaciones de abandonar el tajo. Y la presencia y la acción de Cristo y de su Espíritu en nuestra Iglesia hoy, y en nosotros hoy, es la siempre renovada oportunidad que Dios nos da, una oportunidad de gracia permanentemente abierta para todos, 'a ver si damos fruto'. La Buena Noticia que Jesús proclama y que Jesús encarna es que Dios nos ama, que *no se ha agotado su misericordia*, que su Espíritu ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu que se nos ha dado, pero lo es también que este amor se convierte en nosotros en fuente de vida y amor, en frutos de bien para nosotros mismos y para todos. Jesús despierta en nosotros, en todos, la esperanza: tenemos remedio, podemos dar fruto.

Queridos Hermanos y Amigos todos, no perdamos *el aliento*, no dejemos el Espíritu. Cristo, buen viñador de su campo, está hoy trabajando en nosotros, cuidando de cada uno de nosotros, en el interior de cada uno, y en la acción pastoral que desarrollamos. ¡Abramos las puertas a Cristo! Estemos atentos a las maravillas que Él está haciendo en nosotros y en torno a nosotros. Miremos el despuntar de la primavera de la Gracia en tantos y tantos brotes nuevos, y en tantos y tantos frutos recios consagrados por el tiempo. Abramos las puertas a su Presencia en los hermanos que trabajan con nosotros, a veces tan distintos a nuestros gustos y simpatías personales, pero hermanos nuestros; a su Presencia en los enfermos que sufren entre nosotros y aguantan y ofrecen su sufrimiento por la Iglesia; a su Presencia en los Presbíteros, siempre co-presbíteros, con los que formamos una fraternidad sacramental que puede enriquecernos en el día a día y permanentemente.

Tenemos un Plan Diocesano de Pastoral, que no dudo en reconocer como fruto de ese cuidado solícito de Cristo viñador entre nosotros. Está en amplia y profunda sintonía con los proyectos y las iniciativas que el Espíritu suscita en la Iglesia hoy,

como podemos advertir si lo comparamos con los Proyectos de otras Iglesias hermanas, cercanas y lejanas. Sigamos acogiendo ese nuestro Plan de Pastoral como un verdadero don de Cristo a nuestra Iglesia, pongamos a su ritmo nuestros pasos, y llenémoslo con la vitalidad que el Espíritu va creando en cada uno de nuestros hermanos. Abrir las puertas de nuestro corazón al Plan que acomuna todos nuestros pasos, es también una forma de abrir las puertas a Cristo, y a los hermanos.

Estoy convencido de que el Señor nos irá dando las vocaciones que necesitamos, para que nuestras comunidades sean cuidadas por 'pastores según su corazón'. *"OS DARÉ PASTORES según mi corazón" (Jer 3, 15). Con estas palabras del profeta Jeremías Dios promete a su pueblo no dejarlo nunca privado de pastores que lo congreguen y lo guíen: "Pondré al frente de ellas (o sea, de mis ovejas) Pastores que las apacienten, y nunca más estarán medrosas ni asustadas" (Jer 23, 4)...*

Sabemos por la fe que la promesa del Señor no puede fallar. Precisamente esta promesa es la razón y fuerza que infunde alegría a la Iglesia ante el florecimiento y aumento de las vocaciones sacerdotales, que hoy se da en algunas partes del mundo; y representa también el fundamento y estímulo para un acto de fe más grande y de esperanza más viva, ante la grave escasez de sacerdotes que afecta a otras partes del mundo. (PDV 1)

No dudemos: hay jóvenes capaces de escuchar la voz de Cristo y la llamada del Espíritu. No dudemos en acercarlos al Señor Jesús, vivo y presente hoy en su Iglesia, en especial en el Sacramento de la Eucaristía. No dudemos en invitarles a integrarse en la comunidad cristiana, en la familia de la Iglesia. No dudemos: salgamos a su encuentro con la propuesta vocacional cuando observemos en ellos aquellas condiciones básicas que pueden hacer esperar una reflexión y un discernimiento serenos. No dudemos: ofrezcamos el testimonio de nuestra cercanía, de nuestra alegría y de nuestra entrega apasionada. Invitémosles a comprometerse en pequeños o en grandes temas de servicio en la Parroquia o en el Barrio, en el Instituto o en la Universidad. Convoquemos a los jóvenes a momentos de oración compartidos. No olvidemos que la Pastoral vocacional nos implica a todos porque no es un sector de la Pastoral, sino una dimensión de toda acción pastoral; en realidad, lo que buscamos, en la Catequesis, en la celebración litúrgica o en el servicio de la Caridad, en cualquier otra actividad, es invitar a todos a encontrar a Cristo y establecer con Él una amistad permanente.

Siento que este día es para mí un día especial de acción de gracias y de pedir perdón. Gracias a todos por la parte que han tenido y tienen en el anuncio del Evangelio, gracias por los sacrificios que esta tarea les supone, gracias por tantas horas y días de servicio, de generosidad y de entrega. Lo digo a todos y lo digo muy en especial a los Hermanos Sacerdotes. Gracias de corazón, su testimonio me mantiene vivo y me enriquece. Perdonen mis descuidos o mis vehemencias. Sepan que me encuentro feliz con Ustedes y sólo quiero acompañar sirviéndoles, aunque muchas veces no lo haga bien.

Recordamos en esta Eucaristía tan nuestra y tan diocesana, a los Hermanos que caminaron con nosotros en otros momentos, y ahora descansan en el Señor o emprendieron otros caminos. A todos los recordamos con cariño y a todos ponemos con confianza en las manos del Señor.

Y todos juntos invocamos a María *como Madre de la esperanza. Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos*

el camino hacia el reino (de Jesús). Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino (Spe Salvi 49).

Que el Señor, el Testigo Fiel, nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo.

✠ Francisco, Obispo